
Dementes y demás poemas

□ Hernán Lavín Cerda

EN EL JARDIN DONDE LA TORTUGA DUERME

Con la vibración de los setos salvajes,
siempre
hemos de volver a lo mismo:
tiembla la mano
en las uñas que se hunden
y nuestra carne, bajo las hojas del jardín, pierde su brillo.

Sangre serás, mañana:
aullido y concupiscencia
en la vibración de los setos salvajes
cuando "ya la mano tiembla, ya tembló la mano fría".

Penitenciales, nuestras uñas
desgarran nuestra carne, el salvaje
brillo de estos ojos,
y la desgarradura es
—como aquella memoria de la cual nadie habla—
todo el reflejo de nuestras uñas que saltan y se hunden
bajo las hojas del jardín.

Hemos perdido hasta el valor,
la certeza
de que sangre serás, mañana, y ese ruido
en el ábaco que nos designa y nos confunde.

Más allá de la vibración de los setos salvajes,
siempre
he de volver a lo mismo: no veo
a nadie, ninguno se muerde las uñas ritualmente
cuando el sol ya habrá descendido
y el gigante
sea sólo la sombra de un enano.

Setos, odiosos,
herejía
en el brillo de este vértigo
mientras seguimos temblando:
teatinos, lanudos
hacia el azar del bátratro.

LAS MOSCAS

Plinio se cae del caballo
entre el vuelo de las moscas verdes:
abajo está la mesa,
pero la novia
piensa en la mala compañía de las sillas.
Nadie quiere pasar al comedor:
han servido huevos y Plinio pide un poco de sal:
—¿Quién esconde la sal?
Fresia sonrío y la sal inicia el viaje
alrededor de la mesa de caoba.
La distancia ha sido cubierta
entre los tenedores y los cuchillos.
El caballo estornuda:

las moscas
vuelan de atrás para adelante,
bajo las patas del caballo que estornuda.
Plinio solloza:
—¡Moscas, moscas
entre los estornudos de Fresia y su lengua amarilla!
Yo miro tus piernas blancas
y quisiera salir del comedor, pero el caballo se aleja.

LA BESTIA

Lo cruel
sería que estuviéramos de acuerdo
Sólo creo en el lenguaje naciendo de la bestia
—Todo ojo de buey es exquisito
Hablo para que me desprecien
pero mi ritmo
es platónico: todavía creo en los dioses
y no me atrevo a sonreír
por falta de vergüenza

DEMENTES

Porque ya no es posible soportar tu demencia
como un rito que escapa de madre y nos profana,
esta mano que veis al frente, revestida de gordura,
publica hoy sus artes que tienden a neutralizar,
verso por verso, cualquier crisis de diabolismo
que sufra tu alma, así como de intemperancia,
perjurio e insensatez.

Estimo que tu mirada de mongólica
ya casi no puede corregirse: derrumbado voy
sobre tu voluptuosa inocencia y te golpeo, al fin,
sin asomo de moral, sin guantes, sin artificio.

Vox populi que nada se puede contra la insensatez
y mucho menos frente al loquerío tuyo tan sorpresivo
y de tan soberbio corte. Declaro por e'lo que he de morir
dudando de la autonomía de tu demencia. Bien bélica,
aunque muy mala estrategia cuando dispones
las piezas de la batalla junto a los ojos del enemigo.

¿Cuál es, piadosamente, tu táctica?

Sea dicha toda la verdad:
impera en ti la perniciosa fuerza que pretende excluirme.
Y a pesar de tu bondad, por debajo de tu piel va el calvario
que inyectas en mi corriente. Yo fui tu gestor:
seré tu draconiano.

Drácula vicioso es para mí toda vestal
en busca del drama en la comedia.
Mayor el sufrimiento si el vicio de la convivencia
nos conduce a un régimen bobo donde la carne
acaba pudriéndose: excepto el vituperio, el fuego,
el rito nuevamente.